

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA CULTURA  
EN MEXICO

## N O T A

Siguiendo la costumbre iniciada en el número 2 del tomo XV de nuestro Boletín, publicamos ahora una serie de documentos que pertenecen a los acervos del Archivo y que pueden interesar al historiador de la cultura en México.

Es el primero, una "Carta dirigida al Rey nuestro señor", escrita en décimas, que anónima fué exhibida en el Tribunal del Santo Oficio el 3 de octubre de 1641 y que constituye una sátira contra el Obispo de Puebla, don Juan de Palafox y Mendoza.

No se había aún iniciado la pugna entre los jesuitas y el célebre y batallador Obispo. Por lo tanto estos versos no forman parte de la caudalosa literatura que produjo la célebre controversia. Pero desde la llegada a la Nueva España de don Juan y dado el carácter violento e intransigente del Obispo, se habían suscitado ya algunos incidentes que indudablemente inspiraron las décimas que surgen ahora de los remotos tiempos en que se produjeron.

Como es sabido, don Juan de Palafox y Mendoza fué hijo natural del Marqués de Ariza, don Jaime de Palafox y Mendoza y nació en Fitero de Navarra el 24 de junio de 1600. Siguió estudios en las Universidades de Alcalá y Salamanca, estuvo a punto de participar en las guerras de Flandes y representó a la nobleza en las cortes de Aragón. Quizás por ello el autor de las décimas lo hace aragonés. Más tarde ingresa a Consejo de Indias como fiscal.

Consagrado Obispo de Puebla a los treinta y nueve años, en 1640 se embarca para la Nueva España.

“Palafox estaba dotado —dice Riva Palacio— (1) de un espíritu vasto y levantado, de una imaginación fecunda y de un corazón generoso; era desinteresado y sobre todo poseía un carácter enérgico e inflexible, en el que realmente entraba por muy poco la prudencia que le atribuyen sus biógrafos y en mucho la impetuosidad”. Era hombre de ingenio y a él se le atribuye la célebre cuarteta dirigida al Marqués de Torres, caballero aragonés, que le preguntaba sobre lo reservado en la Corte:

Marqués mío, no te asombres  
ría o llora, cuando veo  
tantos hombres sin empleo,  
tantos empleos sin nombre.

Juntos llegaron a Veracruz el 24 de junio de 1640 el Obispo de Puebla, que además venía investido con los poderes de Visitador de la Audiencia y don Diego López Pacheco Cabrera y Bobadilla, Duque de Escalona y Marqués de Villena, recién nombrado por el Rey Felipe IV para ocupar el cargo de Virrey de la Nueva España.

Diametralmente opuesto al de Palafox era el carácter del Duque de Escalona. Joven, jovial, inquieto, amigo del fausto y de las fiestas, despreocupado y gastador, pronto el Virrey y el Obispo tuvieron serias dificultades que culminaron por la substitución del primero por el segundo en el gobierno de la Nueva España. He aquí cómo la describe Riva Palacio: (2) “El 9 de junio de 1642, en medio del silencio de la media noche, el Obispo llamó secretamente a su palacio a los oidores y al escribano Luis de Tovar, leyóles allí las reales cédulas y provisiones que estando aun en Pue-

---

1.—“México a Través de los Siglos”, tomo II, p. 592.

2.—Op: cit. p. 593 y siguientes.

bla había recibido para pasar a México y tomar posesión del Virreinato obligando al de Escalona a salir para España a dar cuenta de su conducta". Se le acusaba de despilfarro y, sobre todo, de estar en connivencia con el Duque de Braganza proclamado Rey de Portugal, en el levantamiento de esta última nación contra España, por no haber tomado las providencias contra los portugueses residentes en México, que se le aconsejaron al participársele la definitiva segregación del territorio lusitano de la corona de España y algunos hechos imprudentes que había realizado en su gestión y que hacían presumir su inclinación a los portugueses.

Además las órdenes monásticas: carmelitas, dominicos, franciscanos, se encontraban a disgusto por la ejecución de órdenes dadas al Virrey y al visitador sobre la aplicación de reformas decretadas de tiempo atrás en cumplimiento de lo aprobado por el concilio Tridentino. Esta situación habría de culminar más tarde con la agria polémica llevada a términos de ejecución violenta entre el Obispo y los jesuitas en la época en que, tras breve gobierno de Palafox como Virrey, desempeñaba este puesto don García Sarmiento de Sotomayor, Conde de Salvatierra y Marqués de Sobroso.

Las décimas fueron escritas pues, en los primeros meses del gobierno episcopal de don Juan de Palafox y corresponden al período de agitación producido por los intentos de reforma de las órdenes religiosas iniciado por el Visitador, y de exaltación de los portugueses, particularmente judaizantes, motivado por las medidas que hubieron de ponerse en vigor a la caída del Duque de Escalona con motivo de la rebelión de Portugal.

Corresponde el segundo documento a una sátira contra el gobierno español, escrita probablemente en La Habana y que en copias manuscritas circulaba en la Nueva España con gran regocijo de sus habitantes. Es de la época en que reinaba en las Españas el Rey Carlos III y era Esquilache su ministro. La pintura que hace de las costumbres en España y en las Indias es interesante. Acierta a caracterizar a los extranjeros en frases intencionadas.

El tercer documento es el original de una representación de la Pasión, recogida en Huejotzingo y que fué remitida al Santo Oficio con fecha 27 de marzo de 1770.

Sabida es la importancia que desde la Edad Media tuvieron estas representaciones religiosas, eficaz medio de instruir al pueblo sobre los misterios de la religión. De ahí brotó el caudal de piezas dramáticas que con el nombre de misterios y moralidades primero y de autos después se habían de representar ante el pueblo en las solemnes conmemoraciones de las grandes fiestas religiosas.

El Ciclo de la Pasión fué uno de los más importantes en la historia del teatro religioso europeo; y lo fué en la Nueva España cuando los misioneros encontraron en el drama un eficaz colaborador en su obra de cristianización de los indios. Los misterios de la pasión se representaron en varias regiones del país y aún ahora la tradición subsiste en pueblos como Ixtapalapa.

Claro que al elemento religioso se mezcló el profano. Esto alarmó a las autoridades eclesiásticas que se vieron obligadas a prohibir frecuentemente este género de representaciones por los despropósitos que en ellas se realizaban y por los escándalos a que daban lugar estas fiestas entre el pueblo que las presenciaba. Sin embargo, a pesar de todas estas condenaciones, la tradición subsiste conser-

vando todos los anacronismos que abundan en los libretos que sirven de caneavá a la representación.

Curiosa muestra del género es el misterio que reproducimos. No puede tomarse, claro está, como documento literario de valor; pero sí es una manifestación interesante del teatro sacro-profano del México de otros tiempos, tan parecido al de ahora en muchos aspectos de su cultura.

J. J. R.



## CARTA AL REY NUESTRO SEÑOR

Señor, vuestra Majestad  
guarde aquesta monarquía  
que la amenaza un mal día.  
Reina en ella la maldad  
encubriendo la verdad  
a vuestro piadoso oído,  
torciendo siempre el sentido  
a los reales mandatos,  
úsanse mil desacatos  
sin justicia el ofendido.

Hoy, señor, hay que temer  
mucho más; pues Palafox,  
fingiendo a veces la voz  
de santo, obliga a creer  
cosas, que no pueden ser.  
Unas veces es del Papa,  
otras del Rey, cuya capa  
pienso que encubre traiciones;  
esto muestran sus acciones  
aunque él todas las escapa.

La primera es de Aragón  
de temer en el Gobierno;  
todo es traición en lo interno  
muerto por rebelión,  
y ha procurado esta acción  
desde que entró en su Obispado.

Ya es Obispo, ya es soldado;  
sus sacerdotes jinetes,  
todo alfanjes y mosquetes  
con que se ha enseñoreado.

Es contra los religiosos  
el alboroto y lo encubre,  
con lo que el mismo descubre  
sus intentos maliciosos;  
ya los juzgan sospechosos,  
pues para cuatro encerrados  
o treinta desbaratados  
frailes tímidos, cobardes,  
no son menester alardes  
ni alteración de soldados.

Todos son vasallos fieles  
en esta tierra, Señor;  
no la inquiete algún traidor  
dando miedo a los noveles.  
La traición muda mil pieles,  
mírense anales pasados;  
traidores disimulados  
contra el Papa y contra el Rey,  
atropellan Rey y Ley  
y han la paz alborotado.

Si tanto era menester  
para los frailes ¿qué hicieron?  
Los míseros se escondieron  
viendo sin causa, al poder  
armado; y establecer ciertos clérigos  
por cabezas al Dios Baco  
en la Iglesia, y al tabaco  
por incienso al vil cigarro,  
y el Archipreste Navarro  
dando a toda pipa saco.

Empezó la hipocresía  
a engrandecer su opinión,

encogimiento, oración,  
el llanto y risa corría;  
mas de alguno la temía  
vuelta contra el Rey o Dios  
y pienso es contra los dos;  
pues ha inquietado la tierra  
dando temor con la guerra  
el Obispo Palafox.

Quéjase toda Castilla  
de aquel Cardenal francés,  
y este Obispo aragonés  
procura más destruilla;  
dígase por maravilla  
que alabamos lo peor,  
pues el otro es defensor  
de los suyos, y hace guerra  
a la que es contraria tierra  
y éste a la propia es traidor.

No fué contra religiosos  
su guerra como se vió.  
Lo que es cierto y temo yo  
de sus intentos furiosos,  
es aclamalos famosos  
a costa de desdichados  
con informes cohechados  
a lo santete admitidos,  
y acá tener prevenidos  
con miedo y temor soldados.

Témele esta Monarquía,  
porque él ha dado a entender  
que trae de Dios su poder  
con fingida hipocresía.  
Y aunque es vana su porfía  
puede hacer daño mayor;  
como a mi Rey y Señor,  
digo a Vuestra Majestad

este aviso, esta verdad,  
porque tema este embaidor.

¿Puede ser justo? El, que pone  
a los clérigos valientes  
por sus curas y tenientes,  
y a los frailes descompone,  
todo derecho dispone  
que se anteponga el más digno;  
éste busca almas, indigno;  
huye los medios de paz.  
El remedio es muy rapaz  
y éste en maldad peregrino.

No hace caso de buletos;  
culpa a vuestra Majestad;  
desprecia la autoridad  
Pontificia, por decretos,  
(que él dice) tiene secretos.  
Y dijo un cura blasfemo  
que es Pontífice Supremo  
este Obispo guerreador;  
él es hereje o traidor  
y en este reino le temo.

No hay a quién pedir justicia  
porque temen los oidores;  
todos son sus valedores:  
Virrey, oidores, milicia;  
él aumenta con malicia  
su gran poder ambicioso;  
él es hombre cabiloso,  
ya es Obispo, ya es soldado,  
ya llora, ya es desgarrado,  
ya es santo, ya sospechoso.

Y dando fin, gran señor,  
éste es maldito tirano.

Ténganos Dios de su mano  
que yo le temo. Traidor  
a la fe y a vuestro honor,  
el reino va destruyendo,  
la justicia pereciendo,  
y en tanta dificultad,  
lejos vuestra Majestad  
y el gobierno proveyendo.

El Virrey está temblando  
del pedagogo el enojo;  
(este es Palafox),  
y en haciéndole del ojo  
hace su gusto volando,  
aquesto se va acabando,  
dígalo ya el sentimiento  
de los buenos, sin aliento  
aun para decir verdades  
a engañadas majestades  
de un hipócrita violento.

---

(Exhibido en el Tribunal en 3 de octubre de 1641 años).



## PARODIA

Dejar nuestros capotes  
mucho importara,  
pues se desenvolvieran  
con ir más ajustados, más patrañas

Cualquiera encapotado  
se atreve y se alza  
y es adagio ya viejo,  
que disimula todo, buena capa.

No se ocultan pistolas,  
ni encubren mañas  
cuando en traje gracioso,  
va desembarazada una casaca.

### Al pasquín de los habaneros contra el intendente

#### Pasquín

Un bacín lleno con esta letra,  
este es el intendente y no el de enfrente.

El intendente debiera haber puesto a continuación, sobre  
el mismo pasquín, esta respuesta:

Muy bien está habaneros,  
y sois tal gente  
que os viene muy de lleno  
este vuestro bacín, para intendente;  
y adiós, señores.

Un Monarca cazador  
un pueblo el más desgraciado,  
un ministro interesado,  
y los otros, sin honor.  
Un Gilito adulador,  
una Iglesia sin su fuero,  
un Rey sin fuerza y dinero,  
las Indias en mal estado,  
y todo está remediado  
con apuntar el sombrero.

El inglés, impertinente;  
el portugués, arrogante;  
el italiano, pujante;  
el argelino, insolente;  
el alemán, displicente;  
los holandeses, muy ricos,  
los franceses, ¡bellos chicos!  
en marroquín, algo media,  
y todo esto se remedia  
con el sombrero a tres picos.

Están las Indias perdidas:  
los pobres, abandonados;  
los lugares, despoblados;  
armas y letras caídas;  
las plazas, desguarnecidas;  
muchos, con lo que hurtan, ricos;  
pero éstos son maleficos,  
y el punto que importa es,  
que andemos de cabriolés  
y sombrero de tres picos.

### Pasquín desvergonzado

Si el Rey supiera lo que  
se presume, el Rey que sabe,

supiera el Rey, que el ser Rey  
es tener otros alcances.

### Otro

Nuestro Rey, cazar y gastar;  
Squilache, mandar y robar;  
la Corte, comer y jugar,  
y el reino gemir y llorar.

### Seguidilla

Cuando matar quisieron  
al Rey de Francia,  
fué Monsieur Capignot  
y no doña Capa.

### Parodia

Suplico al pasquinero  
que eso tué en Francia,  
pero el capote emboza  
cualquiera picazón de doña España.

Legajo de documentos  
suelos publicados en  
este "Boletín".



## PASSIO DNI NOSTRI JESUCRISTI

(Se juntan a Concilio los príncipes y fariseos en casa de Caifás, y Anás les dice:)

Anás. Maestros y doctores de nuestra Ley, ¿qué hacemos, o qué providencia damos? este hombre, Jesús Nazareno, está haciendo muchas señales y prodigios; si lo dejamos así, creerán todos en él y vendrán los romanos y nos quitarán nuestra tierra, la gente, el lugar y el oficio, pues ya veis que todos lo siguen.

Caifás. Vosotros sois unos necios que nada sabéis, ni pensáis que es conveniente que muera un hombre por el pueblo para que no perezca la gente toda, y así conviene luego ahora decretar que se prenda para darle muerte.

Todos. Que se haga como lo mandas.

(Vanse todos, sale el pregonero con caja y clarín y pregonando el bando en tres o cuatro partes.)

### PREGON:

(Mandan los Presidentes de Jerusalén que ninguno, sea de la ciudad que se fuese le dé entrada en su casa a un hombre llamado Jesús Na-

zareno, pena de que perderá todos sus bienes, será extrañado del reino como traidor a su patria y contrario al César.)

(Vanse.)

(Sale Cristo con sus doce apóstoles.)

Cristo. Veis aquí discípulos míos, que ahora subimos a Jerusalén, y yo voy a morir, y aunque al tercero día he de resucitar, pero ahora seré entregado a mis enemigos, que después de azotado y escarnecido, me han de poner en una cruz.

(Caminan y a poco andar les dice:)

Cristo. Pedro, y tú Juan, id al Castillo que está enfrente de vosotros y allí hallaréis amansada una asna con su hijo; desatadlos y traédmelos, y si alguno os dice algo, decidle que el Señor necesita de ellos, y luego los dejará.

S. Pedro y S. Juan. Señor, vamos a hacer lo que mandas.

(Se van todos, y los dos van a traer la burra, y al llegar le pregunta el Centurión:)

Cent. ¿Qué buscas en Jerusalén?

S. Pedro. El Señor necesita de estos animales.

Cent. Bien está, llevadlos.

(Llevan la burrita y por la frontera sale Cristo, y llegando los dos le prepararán todos con sus capas el asiento. Sube Cristo y todos con sus palmas andan la procesión y los cantores cantan:)

Bendito sea el Rey de Israel, que viene en el nombre del Señor; próspero sea el reino de nuestro padre David, sálvanos Señor en las alturas. Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

(Estarán tres o cuatro enfermos y en voz alta le dirán:)

Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí.

(Y Cristo sólo les impondrá las manos echán-les la bendición, los sanará y ellos en voz alta le dirán:)

Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.

(Y se van Cristo y los apóstoles. Salen los Pontífices a otra junta o Concilio en casa de Caifás y les dice:)

Caifás. Maestros y doctores de la Ley: He mandado juntaros hoy para haceros presente los insultos que prosigue cometiendo ese hombre Nazareno, alborotando la gente, y por los prodigios que obra le siguen ya todos, sin embargo de las penas que tenemos puestas a los que fueren de su parte; y esto ha de resultar en perdición del reino, y así os consulto, ¿qué os parece que hagamos?

Anás. Señor: Ya estamos bien informados de sus hechicerías y que a todos trae engañados, fingiéndose ser el Mesías, y por estos engaños lo recibieron el domingo con tanto aplauso, celebrando su entrada con palmas en las manos: y de tal manera va creciendo el daño que me parece

imposible atajarlo, si no es quitándole la vida a ese embustero.

**Caifás.** Ese me parece el único medio y el mejor.

**Prín. 1º** Señor: Yo soy del mismo parecer y aunque para prenderle habrá mucha dificultad, porque como hechicero que es, puede escaparse de nuestras manos, no obstante yo daré todos mis ministros para prenderle y también yo iré en persona...

**Caifás.** Para esta prisión es necesario que vayan en persona los magistrados y príncipes para más seguridad, y así prevéngase al Centurión y soldados; pero no se haga en día de fiesta, porque no haya un tumulto en el pueblo.....

(Sale Judas y le dice al Centurión:)

**Judas.** Avisa a los pontífices que si me pagan, yo les entregaré a mi Maestro el Nazareno.

**Cent.** Maestros y doctores: este hombre dice que como le paguen, nos entregará a ese hombre.

**Caifás.** Ven acá, hombre, ¿qué dices?

**Judas.** Señores: ese hombre es un embustero, nos santifica el sábado, anda convidándose a comer con hombres pecadores, es un blasfemo y se quiere hacer hijo de Dios, y así mirad qué me dais y os lo entregaré.

**Caifás.** Ya sabéis que el precio de un esclavo son treinta reales de plata, eso te damos por ese hombre.

**Iudas.** Pues voy a buscar la mejor ocasión para entre-  
garlo.

(Vase y se van todos.)

(Sale Cristo con sus apóstoles.)

**Cristo.** Ya sabéis que de aquí a dos días es la Pascua;  
pues sabed que en ella he de ser yo preso y cru-  
cificado, y ahora es necesario celebrar la cena  
del Cordero, según la Ley.

**S. Pedro y S. Juan.** Señor: ¿dónde quieres que preparemos la cena  
para celebrar la Pascua?

**Cristo.** Id a Jerusalén y encontraréis un hombre con un  
cántaro de agua; seguidlo, y en la casa donde  
entrare habladle de mi parte al dueño y pedidle  
la casa para celebrar con vosotros la cena del  
Cordero.

**S. Pedro.** Señor: vamos a prevenir como lo ordenas.

(Se van los dos para el Cenáculo y Cristo con  
los demás por otro lado; llegan a encontrar con  
el del cántaro, lo siguen y llegado a la casa, to-  
can y sale el aposentador y dice:)

¿Quién es, y qué se ofrece en mi casa?

**S. Pedro.** Nosotros somos, que enviados de nuestro Naza-  
reno, venimos a pedirte de parte suya tu casa  
para celebrar la Pascua, haciendo con nosotros la  
Cena del Cordero.

**Apos.** Decidle a vuestro Maestro, que venga en muy  
buena hora y le serviré con mi persona y mi ca-  
sa, que aunque hay graves penas impuestas a

los que lo recibieren en su casa, yo padeceré gusto por tener la dicha de recibirle en ella...

(Se van y viene Cristo con los demás apóstoles, la Virgen y la Magdalena, y le avisan todos.)

**S. Pedro.** Señor, ya está prevenido el Cenáculo como lo ordenaste, y puedes ir cuando gustares.

(Se vuelve Cristo para la Virgen, para despedirse.)

**Cristo.** Dadme, Madre mía amantísima, dadme vuestra bendición, que ya voy a morir; confortaos en mi Padre, que ya ha llegado la hora de mi muerte y vuestras penas, ordenado todo ab eterno y decretado por consejo altísimo de mi Padre; arrojaos en el abismo de su infinita bondad y providencia, que no os faltará ni desamparará en los grandes aprietos que os esperan.

(Se hincra Cristo, y la Virgen, hincándose, le responde:)

**Virgen.** ¡Oh! Dios Altísimo y Santísimo, esposo de mi alma, hijo de mi corazón; confortadme en esta hora, que es grande mi tribulación; ¿en un mar de lágrimas y amarguras me dejáis y os retiráis? ¿La corriente, amor de los hombres, os arrebatara a la muerte y os aparta de mi vista? Atended, Señor mío, que me dejáis en medio de al tormenta, sin tener a qué asirme, batallando entre las embravecidas olas de tristezas y ahogos indecibles; dadme la mano de vuestro poder Divino, para que pueda subsistir el alma afligida...

(Le toma Cristo la mano, y echándole la bendición se va con los apóstoles para el Cenáculo, y la Virgen con la Magdalena, por otro lado; llega Cristo al Cenáculo y sale el Aposentador, se hinca y le dice:)

Apos. Señor, aunque los pontifices han puesto graves penas a los que te admitieren en su casa, yo las padeceré gustoso por tener la dicha de que honres mi casa entera; y haz lo que gustares, que yo y todos te serviremos y agradeceremos este tan gran favor.

Cristo. Bendito seas de mi Padre para siempre...

(Entra Cristo a la cocina y previene la agua, toalla y vasija, y después va a la mesa, y sentado con los apóstoles, les dice:)

Cristo. Grandemente he deseado que se me llegara esta hora y tiempo de cenar con vosotros, antes de mi pasión y muerte...

(Parte el Cordero que se pone asado, que será hecho de bizcocho; y estando, les dirá:)

Cristo. Discípulos míos muy amados, habéis de saber, que uno de vosotros me ha de entregar a mis enemigos, y ya tiene pactado con ellos mi entrega...

(Quedaron suspensos los apóstoles mirándose unos a otros; San Pedro, haciéndole seña a San Juan, le pregunta:)

S. Pedro. ¿Quién será ese?

(San Juan le pregunta a Cristo:)

S. Juan. Señor, ¿quién es ese?

Cristo. A quien yo diere el pan.

(Y Cristo le da el pan, todo en voz menos alta como a excusas de los otros, y todos comienzan a preguntarle a Cristo, uno por uno:)

¿Por ventura soy yo, Señor?

Cristo. El que entra conmigo la mano en el plato, ese me ha de entregar...

(Y cuando Judas le pregunta, le dice Cristo:)

Cristo. Tú lo dices.

(Acabada la cena, se levanta Cristo, se ciñe con una toalla, comienza el lavatorio y empiezan los cantores el himno Nuestro Amado Jesús y limpiándoles los pies, los besa y abraza y con Judas repite esta demostración; llega primero a San Pedro y mirando a Cristo arrodillado, pasmado se le hinca, y llorando le dice:)

S. Pedro. Vos, Señor, ¿a mí me laváis los pies? ¿Vos que sois hijo de Dios verdadero? ¿Vos que sois mi Dios, mi criador y mi Señor? ¿a mí, que soy vilísimo pecador? ¿Vos os arrodilláis delante de mí, y queréis lavarme los pies con esas divinas manos en que puso el Eterno Padre todos sus tesoros?

Cristo. Calla, Pedro, que lo que yo haga tiene misterio, Tú ahora no lo sabes; después, después lo sabrás...

S. Pedro. Señor, salva la divina reverencia, yo no he de consentir que vos me lavéis a mí los pies; los pies de un rústico y pobre pecador, los pies que

han andado por los caminos de la perdición ¿se han de poner en las manos del Dios verdadero? No, Señor y Dios mío; jamás lo consentiré. . . .

Cristo. Atended, Pedro, que si no consentís que os lave, os apartaré de mi compañía.

S. Pedro. Pues, Señor, de esa manera no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza; aquí estoy, haced de mí lo que fuere de tu voluntad. . . . .

Cristo. El que está limpio no necesita de lavarse más que los pies, y vosotros estáis limpios, aunque no todos. . .

(Acabado el lavatorio se sienta otra vez a la mesa.)

Cristo. ¿Sabéis qué es lo que he hecho ahora? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque es verdad que lo soy; pues si yo, siendo Maestro y Señor, os he lavado los pies, más justo es que cada uno de vosotros se precie de lavarlos al otro, porque ya os he dado ejemplo para que así como yo lo he hecho, lo hagáis vosotros.

(Hecho esto, tomará Cristo el pan en las manos y levantados los ojos al cielo, dando gracias, dice:)

Cristo. ¡Oh! Padre Benignísimo, Padre Eterno, Padre Piadosísimo y Padre de las Misericordias y todo consuelo; inefable, inexpresivo es el beneficio que vuestra divina omnipotencia ha hecho en esta dádiva a los hombres, y como por su poca capacidad, no penetran su grandeza, así no os han de dar las debidas gracias; por eso, Padre mío

amantísimo, yo os las doy en nombre de todos ellos como si a mí y no a ellos hicierais aqueste tan soberano favor...

(Y volviendo al pan le echa la bendición y dice:)

Cristo. Tomad y comed todos, esto es verdaderamente mi Cuerpo, que por vosotros será entregado a la muerte...

(Les da el pan, y cogiendo el Cáliz, lo bendice y dice:)

Cristo. Bebed todos de él, que esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada para remisión de los pecados.

(Les da de beber, y Judas se sale; Cristo se sienta y les dice:)

Cristo. Esto habéis de hacer en memoria mía, para que tengáis presente mi Pasión y Muerte y no quedéis desconsolados, amados discípulos míos; porque así como mi Padre me ama a mí, así amo yo a vosotros, y aunque ahora me ausento, es para bien vuestro y para preveniros lugar en mi Reino; y estad ciertos que todo cuanto pidieréis a mi Padre en mi nombre, os lo concederá; no penséis que os dejo huérfanos, desamparados, porque aunque ahora padezcáis tristeza y adversidades, pero todas estas tristezas se convertirán en mayor goce y alegría que durará para siempre; y por último os digo, que la señal y divisa de mis discípulos es el amor que se tuvieron unos a otros; y así os mando

que os améis unos a otros como yo os he amado a vosotros, levantaos ahora, y vamos...

(Se levantan y caminan para el Huerto entrando por una puerta, y mientras sale, Judas le dice a un soldado:)

Judas. Avisa al Pontífice que estoy aquí a concluir la venta del Nazareno...

(El soldado avisa a Anás, y dice:)

Señor y Maestro, ya está aquí el que ha de entregar a ese hombre Nazareno.

Judas. Señor y Sumo Pontífice: si me das los treinta reales esta noche, entregaré a mi Maestro...

(Sale el mayordomo y le dice a Judas:)

Toma el dinero.

(Le cuenta el dinero, y Anás le dice:)

Señor, ya está pagado.

Judas. Señor, esta noche hemos de ir al Huerto de Gesetmaní; allá está ahora; yo entraré por delante y al que yo le diere el beso de paz, y saludare, ése es; préndalo luego y no se vaya.

Anás. Pues vayan todos.

(Se van todos, Judas y el soldado; sale Cristo para el Huerto con los apóstoles, y les dice:)

Cristo. Discípulos míos muy amados: Esta noche padeceré escándalo; todos vosotros en mí, porque es-

tá escrito que hiriendo al Pastor se desparra-  
man las ovejas; pero después que yo resucite os  
he de preceder en Galilea.

S. Pedro. Señor: Aunque todos te dejen y se escandali-  
cen, yo nunca te dejaré...

Cristo. Pedro: De verdad te digo que esta noche, antes  
que el gallo cante, me has de negar tres ve-  
ces...

S. Pedro. Señor: Si fuere necesario moriré contigo; no  
te negaré.

Todos. Señor: Todos moriremos contigo primero que  
negarte.

(Caminan todos para el huerto y a la entrada  
deja los ocho y dice:)

Esperadme aquí mientras voy a orar.

(Y pasando adelante con los tres, San Pedro,  
San Juan y Santiago, les dice:)

Triste está mi alma hasta la muerte, esperadme  
aquí y velad conmigo.

(Y apartándose más, se hinca de rodillas y  
ora así:)

Cristo. Padre mío: Todas las cosas son posibles a tu  
poder, y así si es posible, pase de mí este Cá-  
liz: mas no se haga mi voluntad, sino la vues-  
tra...

(Se levanta y viene a San Pedro y le dice:)

Aun no pudiste velar una hora conmigo; velad y orad para que no entréis en tentación. El espíritu está pronto, mas la carne está enferma...

(Vuelve a la oración.)

Padre mío: Si no puede pasar este Cáliz sin que yo lo beba, hágase tu voluntad...

(Viene a los tres, los halla dormidos, pasa a los otros y los halla también dormidos; vuelve a los primeros y duermen, los deja y vuelve a la oración; se postra en tierra.)

Cristo. Padre Eterno: Si no puedo dejar de morir, aquí estoy, hágase en mí vuestra divina voluntad...

(Se aparece el ángel a confortarlo, y le dice así:)

Angel. Supremo Señor, Altísimo Dios y Verdadero Hombre: Si para universal remedio del mundo y rescate de los hombres, tú mismo por tu voluntad y por el encendido y ardiente amor que les tienes, te ofreciste a padecer los tormentos tan crueles de la Pasión que te espera, y para eso tomaste la naturaleza humana, y este ha sido el deseo tan grande que has tenido toda tu vida. Ya que llegó el tiempo de la Redención y la voluntad del Eterno Padre es entregarte y darte para que mueras en una Cruz, ofreciéndote en sacrificio y holocausto, figurado todo en esta Cruz y en este Cáliz, ahora es ya tiempo para rescate de los hombres todos, de los santos que están en el Limbo, para poblar las sillas que están vacías en el Cielo, para que se cumplan las

profesías que así lo han prometido. Confortate, soberano Señor y alientate a padecer, que la pasión pasa presto y se seguirá luego la Gloria de la Resurrección y resultará gran gloria a Dios, provecho a tus amados los hombres y gran honra y exaltación a tu humildad sacrosanta.

(Y se va.)

(Se levanta Cristo limpiándose el sudor, y fatigado llega a los discípulos y les dice:)

Cristo. Dormid ya y descansad, que es llegada la hora en que yo tengo de ser entregado en manos de pecadores...

(Pasa un poco y vuelve a decirles:)

Basta lo que habéis dormido, levantaos y vamos, que viene el que me ha de entregar...

(A este punto entran los soldados y han de ir los príncipes de los fariseos y los magistrados, y Judas por delante; y besando a Cristo, le dice:)

Judas. Dios te salve, Maestro.

Cristo. Amigo, ¿a qué veniste, Judas? ¿con beso de paz entregas al hijo del hombre.....?

(Se retira Judas, y queda entre ellos, y se adelanta Cristo y dice:)

Cristo. ¿A quién buscáis?

Soldados. A Jesús Nazareno.

Cristo. Yo soy.

(Caerán de espaldas y así estarán hasta que pregunte:)

Cristo. ¿A quién buscáis?

(A esta voz se levantan y dicen:)

A Jesús Nazareno.

Cristo. Ya os he dicho que yo soy; si me buscáis a mí, dejad ir libremente éstos que están conmigo...

(Y volviéndose a los príncipes y magistrados, les dice:)

Cristo. Como a ladrón habéis salido a prenderme con armas y lanzas. Habiendo yo estado entre vosotros enseñándoos en el templo, nunca pusísteis en mí las manos; mas esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.

(Llegan, le prenden y San Pedro saca el cuchillo, le corta a Malco la oreja derecha y Cristo le dice:)

Cristo. Pedro: Vuelve tu cuchillo a su vaina; el Cáliz que me dió mi Padre, ¿no quieres que le beba? Los que toman cuchillos para matar perecerán con él. ¿Piensas que no le puedo pedir a mi Padre, y me enviará más de doce legiones de ángeles? pero, ¿cómo se han de cumplir las Escrituras, que dicen que así conviene que sea?

(Los discípulos huyen, y a San Juan, que lo siguen queriendo prenderlo, le deja la sábana)

blanca que lleva por manto y se escapa. A Cristo lo llevan dándole golpes y empujones y diciéndole algunos oprobios, y entran en casa de Anás, quien dice a Cristo:)

Anás. Ven acá, hombre, ¿qué es de tus discípulos, y qué doctrina es la que les enseñas?

Cristo. Yo he hablado al mundo descubiertamente; siempre he enseñado en las sinagogas y lugares públicos donde todos se juntan; no he hablado por rincones ni en secreto, y así podrás preguntar a los que me han oído, qué es lo que les he dicho...

(Entonces le da Malco una bofetada, y le dice así:)

Malco. ¿Así respondes al Pontífice?

Cristo. Si hablé mal, da testimonio de lo malo; y si bien, ¿por qué me hieres?

Anás. A ese embustero, llevadlo a Caifás, que es el Pontífice de este año, y a él pertenece reconocer su causa...

(Lo sacan para en casa de Caifás con los mismos empujones y diciendo contumelias como antes, y en casa de Caifás estarán sentados los príncipes y ancianos.)

Caifás. Seas bien venido, que ya era tiempo de poner fin a vuestros atrevimientos y que se descubrieran vuestros embustes con que habéis traído engañado al vulgo tanto tiempo y habéis alborotado al pueblo...

Prín. 2º Ahora se verá y entenderá la verdad, pues estáis en juicio donde se averiguará todo conforme a justicia.

Maestro. Señor y sumo Pontífice, ya es necesario luego ahora examinar testigos para substanciarle la causa; porque no hay cosa más justa que quitar del medio ese sedicioso, engañador, embustero...

Caifás Que traigan los testigos.

(Traen los testigos; le pregunta al primero:)

Caifás. Ven acá, hombre, qué sabes de Jesús Nazareno?

Test. 1º Señor, sé que es alborotador de los pueblos y quiere hacerse Rey de Israel.

Caifás. Bien está, vete.

(Se va el testigo.—Traen otro testigo.)

Caifás. Y tú, qué tienes que declarar de Jesús Nazareno?

Test. 2º Señor, ese hombre prohíbe se le dé el tributo al César y predica una ley contraria a la nuestra.

Caifás. Esta bien, vete.

(Y se va el testigo.)

Caifás. Traigan otros dos, porque todavía no es suficiente lo dicho.

(Traen otros dos y dicen:)

Aquí están los otros dos testigos.

Caifás. Qué sabéis vosotros de Jesús Nazareno?

Testigo. Señor, este hombre dijo que podía derribar el Templo de Dios y que en tres días lo reedificaría.

Caifás. A Cristo: No respondes nada a lo que éstos dicen y testifican contra tí?

(Se paran todos y se van los testigos y a Cristo le dicen:)

¿No tienes lengua, malvado? ¿te has vuelto mudo?

Caifás. Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que me digas si tú eres Cristo, Hijo de Dios.

Cristo. Yo soy, y aunque ahora me veis así, llegará día en que veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra de Dios Padre, y que vendrá en las nubes del cielo...

(Se levanta Caifás, se rompe el vestido y le dice:)

Caifás. Ha blasfemado: ¿qué necesidad tenemos de testigos? habéis oído la blasfemia, ¿qué os parece?

Todos. Que muera, digno es de muerte...

(Le maltratan y le escupen todos.)

Caifás. A este embustero metedlo en el calabozo hasta que amanezca.

(Lo llevan al calabozo y San Pedro se está calentando.)

(Una esclava de Pilatos, a San Pedro:)

1º Tú también estabas con Jesús, ese Galileo.

S. Pedro. No te entiendo ni sé lo que dices.

Otro le dice. Este estaba con Jesús Nazareno..... (A San Pedro.)

2º Yo te ví con él en el Huerto.

S. Pedro. Juro que no conozco a ese hombre...

(Otros que están allí:)

3º Sí, tú ciertamente que eres de él y eres Galileo, que tu plática y locuela te da a conocer.

S. Pedro. Malhaya si lo conozco. Juro que no soy su discípulo.

(Canta el gallo y dice el Centurión:)

Cent. Paren a ese hombre allí y burlad de él: mo-fadlo.

(Paran a Cristo y a ese tiempo vuelve a ver a San Pedro y comienza San Pedro a llorar y se sale afuera; le cubren a Cristo el rostro, y dándole, le dicen uno a uno:)

¡Ea! Cristo, gran Profeta, adivína, quién te dió.

Otro 4º ¡Ea! adivína, embustero, acierta quién te hirió.

(Y de ese modo todos y dejan a Cristo allí, que es calabozo, y se juntan a Concilio General.)

**Caifás.** Doctores y maestros: Ya habéis visto que ese Nazareno que está preso por sus sediciones y delitos, es reo de muerte, como consta por su causa que ya está justificada, y sólo falta que entregárselo al Presidente Paltos para que dé la la sentencia; pero ahora es necesario que digáis qué género de muerte se le ha de dar.

**Prín. 1º** A ese me parece, según sus delitos, que se le dé muerte mandándolo apedrear.

**Anás.** A mí me parece mejor para que muera rabiando, un poco de pan envenenado, y así morirá en la cárcel sin que le puedan valer los que lo seguían...

**Caifás.** Aunque esas muertes son castigos de delitos graves; pero, es este hombre tan perverso, que merece muerte más penosa y de mayor afrenta, y ésta ¿ha de ser crucificándolo como a los malhechores y ladrones famosos?

**Todos.** Pues que se crucifique.

(Entra Judas a este tiempo y les dice:)

**Judas.** Maestros y doctores: Yo he cometido un gran pecado en venderos y entregaros la Sangre de ese hombre justo; y así dejadlo que salga libre; ahí tenéis vuestro dinero.

**Maestro.** ¿Ahora vienes con eso, malvado? ¿Por qué no lo viste antes? Si has hecho bien o mal, mira ahora por tí y no nos vengas con esos embustes; a nosotros ¿qué nos va que hayas pecado o no? ¡Allá te lo hayas!

(Va Judas para el templo y arroja el dinero y se va.)

Maestro Trae acá ese dinero.  
al soldado.

(Lo traen y dice Caifás:)

Ese dinero no puede echarse en el erario donde se echan las demás limosnas por ser precio de la sangre de un hombre, sino que se compre con él un campo donde se entierren los peregrinos.

(Y luego le dice al Centurión:)

Caifás. Traigan aquí ese preso.

(Van el Centurión y soldados y traen a Cristo y lo paran allí, y dice:)

Caifás. Si tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo, dínoslo aquí claramente.

Cristo. Si os lo dijere no lo habéis de creer, y si os preguntare por qué no lo creéis, no me habéis de responder ni habéis de revocar vuestra sentencia.

Anás. Según eso tú eres Hijo de Dios.

Cristo. Vosotros lo decís que soy, y Yo os digo que habéis de ver al Hijo del Hombre sentado a la diestra de Dios, que vendrá en las nubes del cielo con Divino poder. . .

(Se levantan y dice el príncipe:)

¿Qué esperamos?

Maestro. Ya son demás los testigos.

**Caifás.** ¡Ea!, vamos con él al Presidente para que luego al punto lo mande clavar en una Cruz.

(Van todos, por delante los pontífices y los soldados atrás, y sayones con Cristo con las mismas injurias, y sale Pilatos afuera y dice:)

**Pilatos.** ¿Qué delitos habéis comprobado contra este hombre?

**Caifás.** Mucho nos admira que nos preguntes eso; si no fuera malhechor y estuvieran justificados sus delitos, no te lo habíamos de traer con las insignias que ves en él, de muerte.

**Pilatos.** Pues si vosotros le habéis comprobado sus delitos y no queréis declararlos, ya sabéis el castigo que merece conforme a vuestra Ley, y así llevadlo allá y castigadlo según la Ley.

**Anás.** A nosotros no nos es lícito matar a alguno; lo que nos toca es examinar los delitos y causas, y a tí te toca dar la sentencia; ya hicimos nosotros lo que nos toca, sólo falta que tú hagas lo que debes.

**Pilatos.** Yo estoy en darle la sentencia; pero decidme, ¿qué delitos le habéis probado?

**Caifás.** Lo primero: Este hombre pervertía nuestra gente engañando y revolviendo los pueblos. Lo segundo: Como traidor al César, prohíbe que se le pague tributo. Lo tercero: Este se hace y dice que es Rey de los Judíos.

(Aparta Pilatos a Cristo y le pregunta:)

**Pilatos.** Dime, ¿tú eres Rey de los Judíos?

Cristo. Tú lo dices.

Pilatos. Háblame claro, que te entienda. ¿Yo soy acaso judío, o te he hecho algún mal? Tus pontífices y tu gente te me han entregado para que yo te dé sentencia de muerte, y así dime lo que has hecho; ¿por qué se han conjurado contra tí?

Cristo. Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera, mis ministros no consintieran que los judíos me prendieran; mas ahora no es aquí mi reino.

Pilatos. Luego, eres tú rey.

Cristo. Tú lo dices que yo soy rey; pero ya te digo que no soy rey de este mundo, sino celestial y divino.

Pilatos. Pues si tú eres rey y no de este mundo, ¿a qué has venido a él? ¿Por qué no te estabas allá en tu reino? Con eso no padecieras lo que padeces.

Cristo. Yo nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad, y los que son de parte de la verdad, oyen mi voz y reciben mi doctrina.

Pilatos. Dime, ¿qué cosa es verdad?

(No responde Cristo: se sale fuera Pilatos y les dice:)

Pilatos. Yo no hallo en este hombre delito ni causa digna de muerte.

Prín. 1º Señor, este hombre es tan perverso y sedicioso, que ha levantado tumultos y ha causado levantamientos, predicando doctrinas falsas, desde

Galilea hasta Jerusalén; y así como tal, merece la muerte.

(Pilatos, a Cristo:)

¿No oyes cuántos testimonios te están levantando? ¿por qué no vuelves por tí?

(No responde Cristo.—Pilatos dice a los judíos:)

**Pilatos.** Supuesto que este hombre es de Galilea que es jurisdicción de Herodes, llevádselo, que su paciencia me ha dejado pasmado; allá se lo haya a Herodes con vosotros.

(Lo llevan, diciendo el maestro:)

Vamos presto, que por más que haga este hechicero, hoy ha de morir y no hemos de descansar hasta clavarlo en la Cruz.

(Lo llevan tirando y dándole empujones; cae y lo levantan a golpes, y llegando a Herodes, uno de los príncipes le dice:)

**Prín. 1º** Señor, el Presidente Pilatos te envía este hombre que es de tu jurisdicción para que como a tal lo juzgues.

**Herodes.** Ven acá, hombre, ¿eres tú alguno de los profetas o el Bautista a quien yo degollé?

(No responde Cristo.)

**Herodes.** ¿Eres tú aquel por quien mi padre les quitó la vida a los niños inocentes?

(No responde Cristo.)

Herodes. Dime: ¿Eres tú el que resucitaste a Lázaro de cuatro días de muerto?

(No responde Cristo.)

Herodes. Me han dicho que hacéis muchas maravillas y me alegrara que hicieras aquí alguna.

(No responde Cristo.)

Herodes. Este es un loco insensato; anda, loco, vete.

(Dice a los judíos:)

Quítenme de aquí a ese simple.

Cent. Señor, ahora se finge tonto por escapar de la muerte; pero es grandísimo hechicero que tiene pacto con los demonios; es un hombre de mala sangre, blasfemo, y se quiere hacer Hijo de Dios y levantarse con el reino.

Herodes. Ahí os vuelvo ese loco para que lo enviéis a la casa de los locos, como rey de ellos. Tomad ese ropaje, vestídselo y mofadlo como frenético y sin juicio.

(Le ponen la vestidura blanca y lo mofan y vuelven a Pilatos; le van diciendo:)

¿Qué te finges loco, malvado? ¿Te haces mudo? ¿Ese embuste más tenías oculto? ¿Pienzas que por eso te han de librar de nuestras manos? pues no te ha de valer.

(Llegan a Pilatos y sale afuera.)

- Pilatos. A este hombre me habéis traído por sedicioso y embustero, alborotador de los pueblos; y habiéndolo examinado ante vosotros, le hallé inocente de cuanto le acusáis y lo mismo siente Herodes, pues veis que no quiso condenarlo porque no halló malicia en él.
- Todos a voces. Señor, este hombre es endiablado, hechicero, tirano que quería levantarse con el reino.
- Pilatos. Ya sabéis que por la presente solemnidad de la Pascua, es costumbre daros libre uno de los presos, y así mirad a quién queréis que dé por libre ¿a Jesús o a Barrabás?
- Todos. A Barrabás.
- Pilatos. Pues qué queréis que haga de Jesús, que se llama Cristo.
- Todos. Que sea crucificado.
- Pilatos. Pues ¿qué mal ha hecho este hombre que yo no hallo en él causa de muerte?
- Todos. Crucifícalo.
- Pilatos. ¡Oh! gente maldita: queréis matar al inocente; pues no ha de ser como pensáis, pues para satisfacer vuestro rencor yo lo mandaré castigar y luego lo daré por libre.
- Todos. No, sino crucifícalo.
- Pilatos. (Dice a los soldados:) Entrad a ese hombre, atadlo a un pilar, azotadlo a vuestro gusto para satisfacer vuestro enojo.

(Desnudan a Cristo y uno le dice:)

Vaya allí a ese pilar.

(Y Cristo va por su pie, lo atan y le dice uno:)

Qué tiembla, ¿no dice que es hijo de Dios?, pues dígale a Dios que lo libre de nuestras manos, que no lo hará porque no ha de salir de aquí con vida.

(Lo atan con las manos por delante, lo azotan dos sayones; después lo atan con las manos por detrás y lo azotan otros dos; vienen otros dos, lo atan como al principio y lo azotan, y cuando ya se desmaya, llega uno y dice:)

Ya este hombre se muere. ¿Cómo le quitáis la vida sin estar sentenciado?

(Sin aguardar respuesta saca el cuchillo y corta los cordeles, cae Cristo desmayado y se está así un rato, y cuando comienza a tomar aliento vuelven a azotarle y después con el pie lo vuelven boca arriba y así lo azotan; después se levanta buscando su vestidura, los ángeles le ayudan a vestir y el Centurión lo lleva a Pilatos y le dice:)

Cent. Este hombre ha querido hacerse Rey; dadnos licencia para coronarlo y hacerlo rey de burlas.

Pilatos. Andad y hacedlo.

(Centurión a Cristo:)

Cent. Ya se os han cumplido vuestros deseos de ser Rey, porque el Presidente de los romanos nos

ha declarado que lo sois, y que os demos la posesión de Rey de Judea, en nombre del Senado Romano. Desnúdese vuestra Majestad esos pobres vestidos; le vestiremos la púrpura real.

(Le desnudan la túnica y le ponen la vestidura encarnada, una caña en la mano, y al coronarlo, le aprietan la corona con un palo y le dice uno:)

¡Oh! gran Rey, alegracs; ¿cuándo habéis merecido una dicha como esta, que os coronen los soldados romanos? Alzad esa cabeza...

(Le ponen la corona y le dice uno:)

Ya tenéis corona y cetro y tenéis púrpura y soldados de guardia, ¿qué más queréis?

(Se van hincando y le dicen:)

Dios te salve, Rey de los Judíos...

(Y le dan uno con la caña, otro una bofetada, y así los demás después de esto.)

Pilatos (A ellos:) Subid acá ese hombre.

Uno a  
Cristo Levántese de ahí, y vamos.

(Al levantarse, por débil, cae, y a tirones lo levantan, lo suben a Pilatos.)

Pilatos. Veis aquí el hombre; miradle, si está bien castigado; si por envidia le procurabais la muerte, ya le veis que no está para tenerle envidia, sino lástima.

- Todos.      Qúitalo hayá, quítalo, crucificalo.
- Pilatos.     Si vosotros tenéis ley para quitar la vida a los inocentes, llevadlo allá, y según esa ley, crucificaldo; porque si he de obrar conforme a ley, no puedo condenarlo porque es inocente y sin culpa.
- Todos.      Nosotros tenemos ley y según nuestra ley ha de morir, porque se hizo Hijo de Dios.
- Pilatos.     (Aparte, a Cristo:) ¿De dónde eres tú?, ¿de dónde veniste?
- (No responde Cristo.)
- Pilatos.     ¿No me respondes? ¿No ves que soy juez y tengo potestad para librarte, y para crucificarte?
- Cristo.      No tuvieras tú potestad alguna sobre mí si no fuera dada de lo alto y por eso pecas, porque usas mal de ella; mayor pecado han cometido los que me han entregado a tí.
- Pilatos.     Llevadlo a la sala de Justicia.
- (Bajan a Cristo y después de desatado, le dice uno:)
- Vaya el embustero y recoja presto su ropa.
- (La toma Cristo, que estará retirado y sin vestirse, lo ponen ante Pilatos, el cual dice:)
- Pilatos.     ¿Veis aquí vuestro rey?
- Todos.      Qúitale, quítale, allá crucificalo.

Pilatos. ¿A vuestro rey queréis que crucifique, gente maldita?

Todos. Nosotros no tenemos más rey que el César y si no crucificas a éste, eres traidor al César.

Pilatos. Pues, ¿qué he de hacer del Rey de los Judíos?

Todos. Crucificalo, crucificalo.

Pilatos. (Lavándose las manos.) Yo estoy inocente en la efusión de sangre de este Justo; allá os lo hayáis a vosotros.

Todos. Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

(Se sienta Pilatos y firma la sentencia, y se la notifica a Cristo y baja Cristo la cabeza y la besa, le quitan la ropa encarnada y le ponen la túnica, le preparan la Cruz, y mirándola Cristo, le dice:)

Cristo. Dios te salve Cruz preciosa, por mí tanto tiempo deseada y con amorosas ansias solicitada. ¿No deseó tanto tiempo Jacob el desposorio de su amada Raquel como yo he deseado desposarme contigo? Descanso mío, único alivio y fin glorioso de mis tormentos, principio de mi gloria, centro de mi Reino, triunfo de mis victorias, insignia de mis capitanes y estandarte real de mis ejércitos; ven a mis brazos, amada mía, descansa tú en ellos que luego descansaré Yo en los tuyos. Ven enhorabuena, que en tí se ha de obrar la salud y redención de los hombres que tanto he deseado. Ven árbol entre todos el

más precioso, que tú has de ser la cama en que tengo de dormir el último sueño.

(La abraza y la besa, se la ponen en los hombros y caminan un ladrón delante y Cristo en medio y otro ladrón atrás. Dada la primera caída, uno le dice:)

Levántate, hipócrita, hechicero; ¿no decías que eras Hijo de Dios? ¿cómo no tienes fuerzas para llevar esa Cruz que te ha de servir de cama?

Otro. Date priesa, que en llegando allá descansarás a tu gusto.

(Se levanta y camina; echan el pregón y da la segunda caída y dice uno:)

¿No decías que habías de reedificar el templo en tres días? buenas fuerzas tuvieras para tanta obra; pues ¿cómo no las tienes para llevar ese madero? Levántate, embustero.

(Se levanta, camina, encuentra con la Virgen y se quedan mirando uno al otro; echan el pregón y le tiran y cae la tercera vez, buscan siríneo y lo ayudan y se levanta, y prosiguiendo, vuelve a las personas que le siguen llorando, y les dice:)

Hijas de Jerusalén: No lloréis por mi muerte, sino llorad por vosotras y vuestros hijos; porque vendrán días en que se dirá: Bienaventurados los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron; porque si en madero verde se hace esto, ¿qué se hará en el seco?

(Llegados al Calvario, dice uno a Cristo:)

Tire ahí esa cruz y desnúdese esos vestidos que son nuestros, que a nosotros nos pertenecen.

(Le quitan la túnica y la virgen se quita las tocas, las echa a Cristo en las espaldas y Cristo, hincándose, se las ciñe por cendal. Llega uno, le da el vino mirrado y le dice:)

Beba eso.

(Cristo lo prueba y no lo bebe.)

2º ¡Ea!, vaya, acuéstese, le mediremos la cama.

(Cristo se tiende en la Cruz y miden los barrenos y dice uno:)

1º Levántese de ahí.

(Se levanta Cristo y se hinca y cruzados los brazos ofrece al Padre Eterno el Sacrificio; barrenan la Cruz y le dice uno:)

2º ¡Ea! Venga el embustero, tiéndase ahí.

(Llega Cristo, le clavan la mano derecha y para que alcance la izquierda, tiran una y otra con cordeles, y para los pies hacen lo mismo, atándole con un cordel por debajo de los brazos para remachar los clavos. Vuelven a Cristo atado contra la Cruz boca bajo y sobre una piedra rematan, y levantándolo lo ponen en el hoyo. Cristo, alzando los ojos, dice:)

Padre Eterno, perdónales, que no saben lo que hacen.

(Uno le dice:)

¿Tú eres el que habías de derribar el Templo de Dios y reedificarlo en tres días? Sálvate a tí mismo.

(Un mal ladrón:)

Si eres hijo de Dios, líbrate a tí mismo y líbranos a nosotros.

(El buen ladrón:)

¿No temes a Dios estando en la misma condenación?

Nosotros es justicia que padezcamos, pero este hombre es inocente y justo.

Uno 1º ¿No decía que era hijo de Dios y confiaba en El? Veamos ahora cómo le libra.

Otro. Si es Rey de Israel, baje de la Cruz y creemos en él.

B. ladrón. Señor, acuérdate de mí cuando vinieres a tu Reino.

Cristo. De verdad te digo, que hoy serás conmigo en el Paraíso.

(Cristo a la Virgen:)

Mujer, ahí tienes a tu Hijo.

(Cristo a San Juan:)

Ahí tienes a tu madre.

(Cristo en voz alta:)

¡Dios mío! ¡Dios mío!, ¿por qué me desamparaste?

Uno. A Elías llama, veremos si viene a liberarlo.

Cristo Tengo sed.

(Levantando los ojos al cielo le dan el vinagre en la esponja.)

Cristo. Ya se cumplió y consumó la obra de la Redención.

(Levantando los ojos al cielo, en voz alta, dice:)

Cristo Padre Eterno, en tus manos encomiendo mi Espíritu.

(Un soldado le da la lanzada.)

Cent. Verdaderamente este Hombre era el Hijo de Dios.

(Aquí se sigue el Sermón.)

**F I N**

**Inquisición, Vol. 1072.  
Pág. 278.**